

LIOLA

Comedia en tres actos de Luigi Pirandello. Dirección de Alejandro Fersen. Escenografía de Gianni Polidori. Trajes de María De Mattels. Música de Florenzo Carpi. Elenco del Teatro Estable de la Ciudad de Génova en el Solis.

Una de las primeras obras de Pirandello que lo muestran ya en el dominio de su capacidad dramática y que manifiestan su riquísima vena popular, es *Liola*. Aquí estamos en el mundo pintoresco, vital y humorístico de su Sicilia natal, el que había trabajado en sus deliciosos cuentos y el que había de dar tema y sabrosura a sus piezas cortas. Un Pirandello feliz, sagaz creador de personajes populares a los que mueve en torno a un asunto simple que es un cuento campesino lleno de vivacidad y gracia: la historia de este *Liola* que es el regocijado padrillo de su pueblo y que con exceso de energías resuelve la esterilidad de los ctros. Pero también encontramos ya al Pirandello esbozando su juego de apariencia y realidad o al que apunta un nuevo entendimiento de lo social o al que busca la revelación honda del personaje en una circunstancia decisiva.

Todavía le falta la sapiencia dramática de sus obras mayores: olvida a veces la comparsa campesina que rodea a los personajes, deja en blanco a algunos de estos o resuelve esquemáticamente el pasaje de una situación a otra, porque parece encandilado por la visión plástica de *Liola* que recorre el mundo cantando y recogiendo sus hijos.

Alessandro Fersen buscó para la puesta en escena un prudente clima siciliano con ayuda de una excelente y evocadora ambientación de Gianni Polidori y una serie de trajes de De Matteis que no parecieron lo bastante intensos de color, tal como lo indica Pirandello en sus acotaciones. Su puesta en escena es una corrección inteligente, con un diagramado hábil de las escenas, pero se resiente de falta de brío y de imaginación para enriquecer las situaciones y paliar las asperezas del desarrollo pirandelliano.

La pieza descansa sobre el protagonista y gran parte de la seducción de la versión ofrecida por los italianos se alcanzó mediante la actuación de Salerno que demostró acabadamente su capacidad histriónica, al pasar del Stavrogin de Dostolewsky, adusto y preciso, al *Liola* pirandelliano, vivaz, gesticulador, dicharachero. Su interpretación fue siempre excelente, con un regocijado tono campesino, una flexibilidad de gestos rica e ingeniosa y una estampa física de elegante atracción.

Junto a él merece recordarse el trabajo de Margherita Bagni y sobre todo la *Moscardina* de Franca Lumachi que tuvo una plenitud briosa que hubiera sido indicada por el resto de los actores. Estos resultaron apagados, confusos, y en algunos casos, —la madre de *Liola*— no tenían las condiciones físicas exigidas. Buazzelli dio un tono menor, sosegado y negro a su Zio Simone. El montaje demostró varias desprolijidades de detalle que son molestas cuando se asiste a un espectáculo que en sus líneas generales es logrado como una buena demostración de oficio.